

Que en el estío convida
 A apagar la sed en ella.
 Y, sin embargo,
 Sé que te quejas,
 Porque tus ojos
 Crees que la afean:
 Pues no lo creas;
 Que parecen, si enojada
 Tus pupilas centellean,
 Las olas del mar que rompen
 En las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona
 Crespo el oro en ancha trenza,
 Nevada cumbre en que el día
 Su postrera luz refleja.
 Y, sin embargo,
 Sé que te quejas,
 Porque tus ojos
 Crees que la afean:
 Pues no lo creas;
 Que, entre las rubias pestañas,
 Junto a las sienes, semejan
 Broches de esmeralda y oro,
 Que un blanco armiño sujetan.

XIII

Tu pupila es azul, y cuando ríes,
 Su claridad suave me recuerda
 El trémulo fulgor de la mañana
 Que en el mar se refleja.

*Tu pupila es azul, y cuando lloras,
 Las transparentes lágrimas en ella
 Se me figuran gotas de rocío
 Sobre una violeta.*

Tu pupila es azul, y si en su fondo
 Como un punto de luz radia una idea,
 Me parece en el cielo de la tarde
 ¡Una perdida estrella!

XIV

Te vi un punto, y, flotando ante mis ojos,
 La imagen de tus ojos se quedó,
 Como la mancha oscura, orlada en fuego,
 Que flota y ciega, si se mira al sol.

Adonde quiera que la vista fijo,
 Torno a ver sus pupilas llamear;

Mas no te encuentro a ti; que es tu mirada:
Unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro
Desasidos fantásticos lucir:
Cuando duermo los siento que se ciernen
De par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
Llevan al caminante a perecer:
Yo me siento arrastrado por tus ojos,
Pero adónde me arrastran, no lo sé.

XV

Cendal flotante de leve bruma,
Rizada cinta de blanca espuma,
Rumor sonoro
De arpa de oro,
Beso del aura, onda de luz,
Eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces
Voy a tocarte, te desvaneces
Como la llama, como el sonido,
Como la niebla, como el gemido
Del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
En el vacío cometa errante,
Largo lamento
Del ronco viento,
Ansia perpetua de algo mejor,
Eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos en mi agonía
Los ojos vuelvo de noche y día;
Yo, que incansable corro y demente
Tras una sombra, tras la hija ardiente
De una visión!

XVI

Si al mecer las azules campanillas
De tu balcón,
Crees que suspirando pasa el viento
Murmurador,
Sabe que, oculto entre las verdes hojas,
Suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas
Vago rumor,
Crees que por tu nombre te ha llamado
Lejana voz,
Sabe que, entre las sombras que te cercan,
Te llamo yo.

Si se turba medroso en la alta noche
 Tu corazón,
 Al sentir en tus labios un aliento
 Abrasador,
 Sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
 Respiro yo.

XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
 Hoy llega al fondo de mi alma el sol;
 Hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado...,
 ¡Hoy creo en Dios!

XVIII

Fatigada del baile,
 Encendido el color, breve el aliento,
 Apoyada en mi brazo,
 Del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa
 Que levantaba el palpitante seno,
 Una flor se mecía
 En compasado y dulce movimiento

Como en cuna de nácar
 Que empuja el mar y que acaricia el céfiro,
 Tal vez allí dormía
 Al soplo de sus labios entreabiertos.

—¡Oh! ¿Quién así—pensaba—
 Dejar pudiera deslizarse el tiempo?
 ¡Oh, si las flores duermen,
 Qué dulcísimo sueño!

XIX

Cuando sobre el pecho inclinas
 La melancólica frente,
 Una azucena tronchada
 Me pareces.

Porque al darte la pureza,
 De que es símbolo celeste,
 Como a ella te hizo Dios
 De oro y nieve.

XX

Sabe, si alguna vez tus labios rojos
 Quema invisible atmósfera abrasada,
 Que el alma que hablar puede con los ojos,
 También puede besar con la mirada.

XXI

—¿Qué es poesía?—dices mientras clavas
 En mi pupila tu pupila azul—;
 ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
 Poesía... eres tú.

XXII

¿Cómo vive esa rosa que has prendido
 Junto a tu corazón?
 Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
 Sobre el volcán la flor.

XXIII

Por una mirada, un mundo;
 Por una sonrisa, un cielo;
 Por un beso..., ¡yo no sé
 Qué te diera por un beso!

XXIV

Dos rojas lenguas de fuego
 Que a un mismo tronco enlazadas,
 Se aproximan, y al besarse
 Forman una sola llama;

Dos notas que del laúd
 A un tiempo la mano arranca,
 Y en el espacio se encuentran
 Y armoniosas se abrazan;

Dos olas que vienen juntas
 A morir sobre una playa,
 Y que al romper se coronan
 Con un penacho de plata;

Dos jirones de vapor^d
 Que del lago se levantan,
 Y al juntarse allí en el cielo
 Forman una nube blanca;

Dos ideas que al par brotan,
 Dos besos que a un tiempo estallan,
 Dos ecos que se confunden...,
 Eso son nuestras dos almas.

XXV

Cuando en la noche te envuelven
 Las alas de tul del sueño,
 Y tus tendidas pestañas

Semejan arcos de ébano;
 Por escuchar los latidos
 De tu corazón inquieto,
 Y reclinar tu dormida
 cabeza sobre mi pecho,
 Diera, alma mía,
 Cuanto poseo:
 ¡La luz, el aire
 Y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
 En un invisible objeto,
 Y tus labios ilumina
 De una sonrisa el reflejo;
 Por leer sobre tu frente
 El callado pensamiento
 Que pasa como la nube
 Del mar sobre el ancho espejo,
 Diera, alma mía,
 Cuanto deseo:
 ¡La fama, el oro,
 La gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua
 Y se apresura tu aliento,
 Y tus mejillas se encienden,
 Y entornas tus ojos negros;
 Por ver entre sus pestañas
 Brillar con húmedo fuego

La ardiente chispa que brota
 Del volcán de los deseos,
 Diera, alma mía,
 Por cuanto espero,
 ¡La fe, el espíritu,
 La tierra, el cielo!

XXVI

Voy contra mi interés al confesarlo;
 Pero yo, amada mía,
 Pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
 De un billete del Banco al dorso escrita.
 No faltará algún necio que al oírlo
 Se haga cruces y diga:
 «Mujer al fin del siglo diez y nueve,
 Material y prosaica...» ¡Bobería!
 ¡Voces que hacen correr cuatro poetas
 Que en invierno se embozan con la lira!
 ¡Ladridos de los perros a la luna!
 Tú sabes y yo sé que en esta vida,
 Con genio, es muy contado quien la *escribe*,
 Y con oro, cualquiera *hace* poesía.

XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;
Dormida, me atrevo a verte;
Por eso, alma de mi alma,
Yo velo mientras tu duermes.

Despierta, ríes, y al reír, tus labios
Inquietos me parecen
Relámpagos de grana que serpean
Sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca
Pliega sonrisa leve,
Suave como el rastro luminoso
Que deja un sol que muere...
—¡Duerme!

Despierta, miras, y al mirar, tus ojos
Húmedos resplandecen
Como la onda azul, en cuya cresta
Chispeando el sol hiera.

Al través de tus párpados, dormida,
Tranquilo fulgor viertes,

Cual derrama de luz templado rayo
Lámpara transparente...
—¡Duerme!

Despierta, hablas, y al hablar, vibrantes
Tus palabras parecen
Lluvia de perlas que en dorada copa
Se derrama a torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento
Acompasado y tenue,
Escucho yo un poema, que mi alma
Enamorada entiende...
—¡Duerme!

Sobre el corazón la mano
Me he puesto, por que no suene
Su latido, y de la noche
Turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas
Cerré ya, por que no entre
El resplandor enojoso
De la aurora, y te despierte...
—¡Duerme!

XXVIII

Cuando entre la sombra oscura
Perdida una voz murmura
Turbando su triste calma,
Si en el fondo de mi alma
La oigo dulce resonar;

Dime: ¿es que el viento en sus giros
Se queja, o que tus suspiros
Me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana
Rojo brilla a la mañana,
Y mi amor tu sombra evoca,
Si en mi boca de otra boca
Sentir creo la impresión;

Dime: ¿es que ciego deliro,
O que un beso en un suspiro
Me envía tu corazón?

Si en el luminoso día
Y en la alta noche sombría;
Si en todo cuanto rodea
Al alma que te desea
Te creo sentir y ver;

Dime: ¿es que toco y respiro
Soñando, o que en un suspiro
Me das tu aliento a beber?

XXIX

Sobre la falda tenía
El libro abierto;
En mi mejilla tocaban
Sus rizos negros;
No veíamos las letras
Ninguno, creo;
Mas guardábamos entrambos
Hondo silencio.
¿Cuánto duró? Ni aun entonces
Pude saberlo;
Sólo sé que no se oía
Más que el aliento,
Que apresurado escapaba
Del labio seco.
Sólo sé que nos volvimos
Los dos a un tiempo,
Y nuestros ojos se hallaron,
Y sonó un beso.

.....
.....

Creación de Dante era el libro,
Era su *Inferno*.
Cuando a él bajamos los ojos,
Yo dije trémulo:
—¿Comprendes ya que un poema
Cabe en un verso?
Y ella respondió encendida:
—¡Ya lo comprendo!

XXX

Asomaba a sus ojos una lágrima
Y a mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo y se enjugó su llanto,
Y la frase en mis labios expiró.

Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor,
Yo digo aún: «¿Por qué callé aquel día?»
Y ella dirá: «¿Por qué no lloré yo?»

XXXI

Nuestra pasión fué un trágico sainete,
En cuya absurda fábula
Lo cómico y lo grave confundidos
Risas y llanto arrancan,

Pero fué lo peor de aquella historia
Que, al fin de la jornada,
A ella tocaron lágrimas y risas,
¡Y a mi sólo las lágrimas!

XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura,
Y el paso le dejé;
Ni aun a mirarla me volví, y no obstante
Algo a mi oído murmuró: «*Esa es.*»

¿Quién reunió la tarde a la mañana?
Lo ignoro: sólo sé
Que en una breve noche de verano
Se unieron los crepúsculos, y... «*fué.*»

XXXIII

Es cuestión de palabras, y no obstante
Ni tú ni yo jamás,
Después de lo pasado, convendremos
En quién la culpa está.

¡Lástima que el amor un diccionario
No tenga donde hallar

Cuándo el orgullo es simplemente orgullo,
Y cuándo es dignidad!

XXXIV

Cruza callada, y son sus movimientos
Silenciosa armonía;
Suenan sus pasos, y al sonar, recuerdan
Del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos
tan claros como el día;
Y la tierra y el cielo, cuanto abarcan,
Arden con nueva luz en sus pupilas.

Ríe, y su carcajada tiene notas
Del agua fugitiva;
Llora, y es cada lágrima un poema
De ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiené el perfume,
el color y la línea,
La forma, engendradora de deseos,
La expresión, fuente eterna de poesía.

¿Que es estúpida?... ¡Bah!, mientras, callando,
Guarde oscuro el enigma,

Siempre valdrá, a mi ver, lo que ella calla
Más que lo que cualquiera otra me diga.

XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque de un día
Me admiró tu cariño mucho más;
Porque lo que hay en mí que vale algo,
Eso..., ¡ni lo pudiste sospechar!

XXXVI

Si de nuestros agravios en un libro
Se escribiese la historia,
Y se borrara en nuestras almas cuanto
Se borrara en sus hojas;

Te quiero tanto aún, dejó en mi pecho
Tu amor huellas tan hondas,
Que sólo con que tú borrasas una,
¡Las borraba yo todas!

XXXVII

Antes que tú me moriré: escondido
En las entrañas ya
El hierro llevo con que abrió tu mano
La ancha herida mortal.

Antes que tú me moriré: y mi espíritu,
En su empeño tenaz,
Sentándose a las puertas de la muerte,
Allí te esperará.

Con las horas los días, con los días
Los años volarán,
Y a aquella puerta llamarás al cabo...
¿Quién deja de llamar?

Entonces, que tu culpa y tus despojos
La tierra guardará,
Lavándote en las ondas de la muerte
Como en otro Jordán;

Allí, donde el murmullo de la vida
Temblando a morir va,
Como la ola que a la playa viene
Silenciosa a expirar;

Allí, donde el sepulcro que se cierra
Abre una eternidad...
¡Todo cuanto los dos hemos callado
Lo tenemos que hablar!

XXXVIII

Los suspiros son aire, y van al aire.
Las lágrimas son agua, y van al mar.
Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
¿Sabes tú adónde va?

XXXIX

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,
Es altanera y vana y caprichosa;
Antes que el sentimiento de su alma,
Brotará el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
No hay una fibra que al amor responda;
Que es una estatua inanimada...; pero...
¡Es tan hermosa!

XL

Su mano entre mis manos,
Sus ojos en mis ojos,
La amorosa cabeza
Apoyada en mi hombro,